

Debe, pues, el que da los ejercicios, guiar á quien tiene á su cargo, como guió el ángel san Rafael á Tobías, en el cual pone la divina Escritura todas las condiciones que habemos declarado, conviene á saber: ciencia, experiencia, amor y gusto en aquel oficio. Porque saliendo Tobías á buscar compañía para su viaje, dice la divina Escritura que halló un mancebo resplandeciente, que estaba en pié, ceñido, y como dispuesto y aparejado para caminar, en lo cual descubría el gusto y aplicacion que tenia para irse con él. Pues de la ciencia y experiencia del camino bien claramente lo descubrió él mismo, cuando preguntándole el mozo, ¿sabes el camino que va á la region de los medos? Respondió, *novi; et omnia itinera ejus frequenter ambulavi*. Bien lo sé, dijo ¹, y muchas veces he andado esos caminos; y con ser la guia tal y tan calificada, se fué siempre al lado de Tobías sin perderle de vista para socorrerle en tantas necesidades y peligros como se le ofrecieron. Tal debe ser el que da los ejercicios: que sepa el camino, que le haya andado muchas veces, que esté dispuesto y á punto para caminar, y que no piense darle instruccion de una vez para todo el año, sino que las lecciones sean breves, y las visitas frecuentes, de manera que se halle presente á todas las necesidades y peligros que sucedieren.

¹ Tob. V, 8.

CAPÍTULO VI.

DE LA PRUDENCIA QUE HA DE TENER EL QUE HA DE DAR
LOS EJERCICIOS, Y PRIMERAMENTE DEL CONOCIMIENTO
QUE HA DE TENER DEL QUE LOS HACE.

ENTRE las partes que ha de tener el que ha de dar los ejercicios, no tiene la prudencia el postrer lugar, pues dijo el Salvador que el criado que pone su señor sobre lo restante de su familia, para que á su tiempo les reparta el manjar, no solamente ha de ser fiel, sino tambien prudente: y tomando de aquí ocasion el bienaventurado san Basilio, hizo en nuestro propósito este argumento ¹: Si en las comunidades no se encomienda indiferentemente á cualquiera la distribucion del pan material, sino que este oficio es de uno solo escogido por votos de los demás; ¿con cuánta mayor razon conviene guardar toda esta cautela para escoger el que ha de repartir el pan espiritual á los que lo piden? De lo cual concluye que ninguno se ha de atrever á hacerse maestro, sino remitir este oficio á cuyo es; el cual por eso, dice, ha sido escogido para distribuir á su tiempo el manjar espiritual; porque es dispensador fiel y prudente, y que dispone sus palabras en juicio. Y es cierto que en el negocio que tratamos ninguna cosa hay más necesaria que este juicio práctico y acertado y no atado á las

¹ Reg. 45, *fusus disp.*

reglas del arte, sino acomodado á la necesidad y disposicion del que se ejercita, y gobernado por prudencia, y mucho más por la discrecion espiritual y luz que Dios comunica del cielo. Para curar las enfermedades corporales, ninguna cosa hay más necesaria que tener bien sabidas y entendidas las reglas del arte, y tambien es cierto que ninguna cosa hay más contraria á las mismas reglas del arte que estar tan atado á ellas, que todas y por su órden se hayan de ir ejercitando igualmente con todos los enfermos. Así que muy necesario es para dar los ejercicios tener ciencia y noticia de este libro, y del órden de las semanas, y de las notas y reglas que hay en él; pero ninguna cosa hay más contraria á las mismas reglas que pretender platicárselas todas á todos, y darles sin ninguna diferencia los ejercicios á todos por el mismo órden, y de la misma manera que están en el libro; en lo cual yerran algunos grandemente, pensando que esta fué la mente de nuestro santo Padre, con tanto rigor que ni aún permiten tomar para la meditacion otros puntos diferentes de los que están en el libro. Esto digo que es tan grande yerro como lo seria querer curar todos los enfermos por la misma receta, porque en la verdad, ni se han de dar á todos los ejercicios enteros, sino aquellos solamente que son á propósito de cada uno; ni todos juntos, porque algunos hay que se estorban; ni cada uno de por sí, porque algunos hay que se ayudan y dan la mano. De las reglas unas hay que se deben decir, y otras callarse; y unas son para un tiempo y ocasion, y otras para otra muy diferente; de unas se ha de dar la razon, de otras no se debe pedir ni darse; y de tal manera se ha de informar el entendimiento que ayude á la práctica y ejecucion y no la estorbe. Este es el oficio de la prudencia. Bienaventurado es el varon,

dice Salomon ¹, que halla sabiduría, y que es rico y abundante en prudencia. La cual, aunque no se puede enseñar, sino es que Dios nuestro Señor nos la envíe desde el cielo para que nos acompañe y trabaje con nosotros, y sepamos lo que es agradable á su divina Majestad ²; pero puédense dar algunas reglas con que sea ayudada, y en nuestro propósito puede ser ayudada la prudencia de tres maneras. Primera con el conocimiento de la persona que hace los ejercicios. Segunda, con el conocimiento de las cosas en que se puede variar, segun la variedad de las personas. Tercera, con el conocimiento del tiempo y ocasion en que se han de enseñar á cada uno estas cosas.

Lo primero, para proceder prudentemente el que da los ejercicios, debe conocer íntimamente las condiciones del que los hace, porque, como dijo el Filósofo: El médico no cura al hombre en común, sino á Pedro y á Juan; y así no le basta saber en general las reglas de su arte, sino conocer tambien en particular la complexion de su enfermo, la naturaleza de su enfermedad, las causas y los efectos y accidentes de ella; y esto mismo debe hacer el médico espiritual si quiere curar á su enfermo, y aplicarle conveniente remedio. Debe pues primero reconocer la edad, la salud y las fuerzas, el ingenio, la capacidad y juicio, y los estudios y letras del que se ejercita, porque la variedad en estas cosas hace mucha diversidad en el modo de dar los ejercicios. Así lo advirtió nuestro santo Padre en la anotacion diez y ocho, donde dice: *Segun la disposicion de las personas que quieren tomar ejercicios espirituales, es á saber, segun que tienen edad, letras ó ingenio, se han de aplicar los tales ejercicios.* Tam-

¹ Prov. III, 13. — ² Sap. IX, 10.

bien se ha de mirar y examinar qué aliento tiene cada uno, y en qué tiene puesta la mira; porque algunos no pretenden más que salir del mal estado y quietar su conciencia, otros quieren elegir estado, otros pretenden subir á lo más perfecto, y todos estos piden diferente manera de hacer ejercicios. *Asimismo*, dice el Santo en el mismo lugar, *segun que se quisieren disponer se debe dar á cada uno, porque más se pueda ayudar y aprovechar*. Y en la anotacion diez y nueve, dice que se debe tener atencion tambien á las ocupaciones de cada uno, si son públicas y forzosas, y que no se pueden interrumpir, porque en tal caso los ejercicios se han de acomodar á las ocupaciones; y por el contrario, si las ocupaciones se pueden interrumpir, se debèn acomodar con los ejercicios, buscando soledad y ocio, como se dice en la anotacion veinte.

Asimismo procure conocer las pasiones más vehementes, las inclinaciones más viciosas, las costumbres más estragadas de su ejercitante, para poder ayudarle por donde padece mayor necesidad y peligro, usando para su provecho de la misma industria que usa el demonio para su daño; del cual dice nuestro santo Padre en la regla catorce de discrecion: *Asimismo se ha* (el demonio) *como un caudillo para vencer, y robar lo que desea. Porque así como un capitan y caudillo del campo, asentando su real, y mirando las fuerzas ó disposicion de un castillo, le combate por la parte más flaca; de la misma manera el enemigo de natura humana rodeando, mira en torno todas nuestras virtudes teologales, cardinales y morales, y por donde nos halla más flacos y más necesitados para nuestra salud eterna, por allí nos bate y procura tomarnos*. Haga lo mismo el padre espiritual, reconociendo tambien la parte más flaca, para poner allí todo el socorro y resistencia contra el ene-

migo; y así como el médico viene á conocer el humor secreto que hace la guerra á su enfermo, parte por su relacion, parte por el pulso y otras señales que da la misma naturaleza para ser socorrida, y no ayuda poco el tener conocida la complexion natural del enfermo, y tomado algunas experiencias de ella; por estos mismos medios el médico espiritual puede venir en conocimiento de las pasiones, inclinaciones, costumbres y tentaciones de su enfermo. Lo primero, por su relacion, la cual debe dar por su salud espiritual siquiera con tanta atencion, sinceridad y verdad, como la dan los enfermos por su salud corporal; pero de esto dirémos en su lugar, cuando se trate de la disposicion que ha de tener el que hace los ejercicios. El que los da haga de su parte el oficio de buen médico, mirando con atencion otras señales que su arte le enseña, aunque el enfermo muchas veces no las conoce.

San Efren dice ¹, que el superior que está sobre los demás debe ser peritísimo y vigilantísimo, y que observe en cada uno de sus súbditos, el andar, el movimiento, el gesto, el hábito y otras cosas tan menudas como éstas, corrigiendo y castigando cualquier desórden por mínimo que sea. De esta misma diligencia se ayudará tambien para conocer la condicion de cada uno, si es alegre y sanguíneo, ó si es triste y melancólico, si es colérico y precipitado, ó si es flemático y remiso, ayudándole á cada uno en el espíritu como lo pide y sufre su natural. Y lo que más es, no solamente se descubre por estas señales la condicion natural, sino tambien los vicios y pasiones secretas del corazon, y así dijo san Basilio ²: Si alguno siendo amonestado que hablaba con voz temeraria y atrevida, y palabras ásperas y duras, responde, que

¹ De vit. spirit. n. 36.— ² Reg. brevior. interr. 28.

dentro de su corazon no tiene pasion ni otro mal ninguno, esto, dice el Santo, no se debe creer, porque los vicios del ánimo, no todos son manifiestos y conocidos de todos, ni aún de los mismos que los tienen, como ni tampoco los del cuerpo. Pues así como en los cuerpos los que son doctos en el arte de la medicina, tienen algunas señales de enfermedades ocultas, y que se esconden aún á los mismos que las padecen; así tambien en el alma, aunque el que peca él mismo no conozca su enfermedad, debe empero creer al Señor que dijo ¹: «Que el hombre malo del mal tesoro de su corazon saca lo malo;» y así la señal mala que se percibe por defuera no puede salir sino del mal que está en el corazon. Tenga pues noticia el médico espiritual, y note todas estas señales que se descubren por defuera, para conocer las enfermedades que están escondidas allá dentro. Además de esto, el padre espiritual ha de tener noticia cómo se ayuda su ejercitante de los ejercicios que va haciendo, lo cual, porque toca á la cuenta que él debe dar de su conciencia, lo dejaremos para su lugar, concluyendo este punto con las palabras que nuestro santo Padre dijo en el exámen, de los superiores de la Compañía, que las mismas se pueden decir de los que dan los ejercicios ²: *Considerando en el Señor nuestro, nos ha parecido en la su divina Majestad, que mucho y en gran manera importa que los superiores tengan entera inteligencia de los inferiores, para que con ella los puedan mejor regir y gobernar, y mirando por ellos, enderezarlos in viam Domini.*

¹ Matth. XII, 35.— ² Ex. c. 4 § 31.

CAPÍTULO VII.

QUE TODOS LOS EJERCICIOS SE DEBEN ACOMODAR Á LA
DISPOSICION DEL QUE LOS HACE.

SUPUESTO este conocimiento que hemos dicho de la persona, resta ver en qué cosas se debe acomodar el que da los ejercicios al que los hace, y presto se responde á esta pregunta, que en todas, mirando siempre lo que más le ha de ayudar para el fin que pretende: y para que se vea cuán en el corazon tuvo esto nuestro santo Padre, y cuán errados van los que se contentan con ir platicando por su órden los puntos de la meditacion (para lo cual no era menester maestro, sino leerlos por este libro ó por otro) pondré aquí algunos ejemplos sacados del mismo libro de los *Ejercicios*.

Primeramente, si se le han de dar á uno todos los ejercicios ó parte de ellos, y qué parte y en qué forma, se ha de juzgar segun la edad, la capacidad, y el intento y determinacion que cada uno tiene, como se ve en toda la anotacion diez y ocho, y en la cuarta parte, c. 8, § 5, lit. E, y en la séptima parte, c. 4, § 8, lit. F. Porque no se den, dice el Santo, á quien es rudo ó de poca complexion, cosas que no pueda descansadamente llevar, y aprovecharse con ellas.

Segundo, qué tantos dias se haya de detener en cada semana, se ha de tasar tambien por la disposicion del